

La condición humana según Erich Fromm

The Human Condition According to Erich Fromm

SHADAY SANTOS MORENO-LÓPEZ*

Recepción: 13/05/16

Aprobación: 20/10/16

Recenvío: 14/11/16

Resumen: La condición humana consiste en estar separado de la naturaleza a través de la autoconciencia, dicha condición genera sentimientos de soledad, angustia, miedo, etc.; para superar estos sentimientos el hombre intenta buscar una nueva armonía con la naturaleza y darle un sentido a su existencia, lo que puede obtener haciendo el bien o el mal. Desde la visión humanista frommiana, hace el bien cuando desarrolla sus potencialidades humanas, tales como el amor y la razón y realiza el mal cuando paraliza dichas potencialidades. Los factores externos, como la educación y las exigencias sociales, y los internos, como el temperamento y la constitución, influirán en el despliegue de su poder humano, el cual es responsable de su salud física y mental.

Palabras clave: Religión, Humanismo, Sociedad, Naturaleza interna, Ética.

Abstract: *The human condition consists on being separated from nature through self-awareness. This condition creates feelings of loneliness, anxiety, fear, etc. To overcome these feelings, the human being tries to find a new harmony with nature based on giving meaning to their existence, and, the human being only can give it to their existence by doing good or by doing evil. Fromm the frommian humanistic view, they do good when develop their human potential as love and reason. They do evil when paralyzes these potentialities. External factors such as education and social demands, and internal factors such as temperament and constitution, influence the deployment of their human power, which is responsible for their physical and mental health.*

Key words: *Religion, Humanism, Society, Inner nature, Ethics.*

* Universidad Autónoma del Estado de México, Facultad de Humanidades,
shadaymoreon@live.com.mx

INTRODUCCIÓN

El propósito de este trabajo es describir la condición humana desde el punto de vista de Erich Fromm, por lo que se comienza señalando las características que distinguen al hombre de los animales. En este sentido, se analiza la autoconsciencia humana, la cual se diferencia de la conciencia animal al ser una cualidad específica del hombre. Con relación a lo anterior, se alude a un análisis frommiano referente al mito bíblico del pecado original para explicar el surgimiento de la autoconsciencia en el hombre.

Con la expulsión del paraíso, se rompió la unidad original. El hombre cobró conciencia de sí y conciencia de sus prójimos como de extraños. Esta conciencia lo separa de sus semejantes, los hombres, y de la naturaleza; y lo convierte en un extranjero en el mundo. Hacerse un extranjero, sin embargo, no significa convertirse en pecador y, todavía menos, haberse corrompido. En ningún lugar de la histórica bíblica hay indicación alguna de que se conciba a la naturaleza humana como cambiada o corrompida; la “caída” no es un acontecimiento metafísico-individual, sino histórico (Fromm, 1981, pp. 151-152).

En este punto se indica que la conciencia de sí mismo permite la posibilidad humana de la libertad, pero también hace sentir al hombre separado del mundo, lo cual, a su vez, lo hace sentir angustiado, solo e inseguro. En consecuencia, el ser humano necesita adherirse a un marco de orientación para darle sentido a su existencia y, de esta manera, poder sentirse seguro, tranquilo y acompañado; sin embargo, en su intento por darle un sentido a su vida e intentar restablecer la unidad con la naturaleza solo puede elegir entre dos caminos: el del bien y el del mal.

Hacer el bien consiste en desplegar las potencialidades humanas, como la razón y el amor; es la única forma en que el hombre se puede religar a la naturaleza. Usar la razón significa ver la realidad tal cual es y amar implica promover el crecimiento del objeto al que se ama. En cambio, hacer el mal es paralizar dichas potencialidades, ello conlleva únicamente al sufrimiento.

Cuando la sociedad en la que vive un individuo inhibe las potencialidades del hombre, este puede no hacerse consciente de dicho sufrimiento porque comparte con los demás dicha inhibición. Por otro lado, existe una constitución innata en cada individuo que puede favorecer o entorpecer el crecimiento humano, pero siempre que se detiene el crecimiento surge, por antonomasia, algún tipo de malestar humano, ya que no se actúa básicamente conforme a la razón y al amor.

DESARROLLO

I. SOBRE EL AUTOR

Erich Pinchas Fromm fue un pensador judeo-alemán del siglo XX. Vivió en Alemania hasta que el movimiento nazi lo hizo trasladarse a Estados Unidos, en donde se nacionalizó como norteamericano. De niño fue educado con base en La Biblia, por lo que se le quedó muy inculcado el humanismo bíblico referente al amor y a la verdad. Dicho humanismo fue algo que siempre quiso justificar mediante el pensamiento marxista, budista y hasta freudiano, de este último retomaba su misión intelectual y moral de abandonar las ilusiones. Su pensamiento también se caracteriza por ser científico, ya que rechaza postulados metafísicos como, por ejemplo, la idea de una vida después de la muerte. A Dios solo lo ve como la representación del amor, la verdad y la justicia, y le niega su existencia concreta. Siempre se interesó por el perfeccionamiento espiritual y realizó una dura crítica hacia el modo de vida materialista, propio del burgués y del capitalista. Como psicólogo, también se pueden ver sus tendencias humanistas, las cuales han sido criticadas, en el ámbito terapéutico, por carecer de un método sistemático y por surtir un efecto contrario al esperado en pacientes que, lejos de necesitar humanizarse, requieren que se atiendan primero sus graves problemas mentales. En general, su pensamiento se destaca por ser claro, crítico y humanista.

II. EL SURGIMIENTO DEL SER HUMANO

“De modo que empezó a tomar de su fruto y a comerlo. Después dio de este también a su esposo cuando él estuvo con ella, y él empezó a comerlo. Entonces se les abrieron los ojos a ambos, y empezaron a darse cuenta de que estaban desnudos” (Génesis 3, 6-7).

La historia del hombre comienza gracias al proceso evolutivo, dentro del cual el ser humano se distingue de la naturaleza. En este sentido, no importa cuándo nace el hombre con todas sus características que lo diferencian de los demás animales, sino cómo es que se diferencia de las demás criaturas, es decir, cuáles son los atributos específicamente humanos. Lo que hace único al hombre también nos da cuenta de la situación en la que se encuentra como especie. En este sentido:

Puede considerarse que la aparición del hombre ocurre en aquella fase del proceso de evolución en que la adaptación instintiva ha alcanzado su mínimo. Pero el hombre surge dotado de nuevas cualidades que lo diferencian del animal: la advertencia de sí mismo como entidad separada; su capacidad para recordar el pasado, vislumbrar el futuro, y denotar objetos y acciones por medio de símbolos; su razón para concebir y comprender el mundo, y su imaginación a través de la cual llega más allá del alcance de sus sentidos (Fromm, 1953, p. 52).

La cualidad del hombre de advertirse a sí mismo como entidad separada quiere decir que solo el ser humano puede ser capaz de ser consciente de sí mismo, esto es, de saberse separado del resto de la naturaleza como un ser único, distinto de todo lo que lo rodea. La percepción de su propio pensamiento y de su mismo sentimiento le comunica que es un ser ajeno al resto de la naturaleza. La autoconciencia permite al hombre experimentarse como un extraño en el mundo.

También el animal tiene una conciencia, una conciencia de los objetos, sabe que esto es una cosa y eso otra. Pero cuando surgió el hombre mostró una conciencia distinta y nueva, la conciencia de sí mismo: el hombre sabe que él es y que es otra cosa, distinta de la Naturaleza, distinta también de los otros hombres. Tiene la vivencia

de sí mismo, está consciente de que piensa, de que siente. En el reino animal no existe —por lo que sabemos— nada análogo. Esto es lo específico que hace que el hombre sea hombre (Fromm, 1983, pp. 37-38).

Con relación a lo anterior, de acuerdo con el análisis que hace Fromm de La Biblia, el hecho de que Adán y Eva comieran del árbol del conocimiento y, por ende, abrieran los ojos y se dieran cuenta de su desnudez, indica la aparición de la autoconsciencia en el hombre. Por eso:

La desobediencia de Adán y Eva a Dios no se llama pecado; en ningún lugar hay un indicio de que esa desobediencia haya corrompido al hombre. Por el contrario, la desobediencia es la condición para el conocimiento de sí mismo por parte del hombre, por su capacidad de elegir; y así, en último análisis, ese primer acto de desobediencia es el primer paso del hombre hacia la libertad (Fromm, 1966, p. 14).

Así, la percepción de la propia desnudez por parte de Adán y Eva equivale al surgimiento de la autoconsciencia¹ del ser humano dentro del mundo. A su vez, la conciencia de sí mismo permite al hombre actuar independientemente, es decir, determinarse a sí mismo a través de la voluntad, pues ya no está determinado completamente por la naturaleza, sino que ya depende también de sí mismo para desenvolverse dentro de ella mediante sus facultades mentales y espirituales. Lo anterior permite que caractericemos la esencia del ser humano no como algo determinado, sino como algo que se tiene que construir a través del despliegue de capacidades específicamente humanas, como la razón y el amor; y con base en la libertad.

La libertad no es un hecho, sino una posibilidad: el verdadero logro de la persona humana. Se debe conquistar la libertad a pesar de los obstáculos y las condiciones a las que estamos expuestos constantemente. Es precisamente en este sentido en el que Platón o Marx, Spinoza o Bergson, Kant, Freud o Mill, por mencionar sólo algunos

¹ La autoconsciencia es el conocimiento que tiene el ser humano de sí mismo como alguien diferente a todo lo que lo rodea, es la conciencia de sí mismo mediante la cual experimenta su separación con la naturaleza como un ser independiente.

nombres importantes, consideran que ser libre es conquistar la libertad o, dicho en palabras de Sartre, “el opuesto de la libertad no es el determinismo, sino el fatalismo” (Fromm, 2007, pp. 51-52).

La libertad consiste en volverse humano, por lo que implica el control de la mente, sobre todo de las pasiones irracionales, específicamente aquel tipo de pasiones que son insaciables como la gula, la lujuria, la ira, entre otras; además, implica la capacidad de pensar, sentir y actuar por cuenta propia —permite el desarrollo humano—. Esto quiere decir que un sujeto libre jamás actúa como si estuviera hipnotizado, motivado por fuerzas sugestivas o manipulado como si fuera un títere, por el contrario, la libertad se logra a través de la espontaneidad, es decir, mediante la realización de una conducta motivada en el interior de uno mismo y destinada a satisfacer completamente tanto las necesidades físicas como las espirituales.

Ésta [la espontaneidad] no es la actividad compulsiva, consecuencia del aislamiento e impotencia del individuo; tampoco es la actividad del autómeta, que no representa sino la adopción crítica de normas surgidas desde afuera. La actividad espontánea es libre actividad del yo e implica, desde el punto de vista psicológico, el significado literal inherente a la palabra latina *sponte*: el ejercicio de la propia y libre voluntad. Al hablar de actividad no nos referimos al “hacer algo”, sino a aquel carácter creador que puede hallarse tanto en las experiencias emocionales, intelectuales, y sensibles, como en el ejercicio de la propia voluntad. Una de las premisas de esta espontaneidad reside en la aceptación de la personalidad total y en la eliminación de la distancia entre *naturaleza* y *razón* (Fromm, 2007, p. 66).

Lo anterior quiere decir que en la espontaneidad el sujeto satisface tanto sus necesidades biológicas como sus necesidades psíquicas. Por ejemplo, si una mujer joven que se encuentra sola en un lugar y no conoce a nadie es invitada a jugar un deporte por un grupo de jóvenes de su edad, la espontaneidad de la joven le impulsará a aceptar la invitación, pero si ha sido educada con prejuicios en extremo puritanos, los cuales harán que rechace la invitación, entonces reprimirá su espontaneidad y será incapaz de hacer nuevos amigos, impidiendo así la

satisfacción de sus necesidades espirituales –la amistad y el cariño– y físicas –una relación íntima con alguno de ellos–.

La conciencia de sí mismo hace que el hombre rompa su estado de unidad con la naturaleza, pues se da cuenta de su separación respecto a ella, lo cual hace que presente sentimientos desagradables e intente superarlos buscando religarse con la naturaleza, ello lo hace buscar un sentido a su existencia; solo si su vida adquiere un sentido puede superar su separación con el mundo. Esta necesidad es tan imperante en el hombre como su subsistencia física, es su necesidad espiritual. Aquí, lo espiritual no se refiere a una cuestión metafísica, sino a las demandas psíquicas y emocionales de cada individuo. Digamos que uno está vivo espiritualmente si ama y se dirige por medio de la razón.

La necesidad de un marco de referencia o de un objeto de adhesión, en el que el hombre puede centrar sus energías para darle un sentido a su vida, se entiende también como la necesidad de religarse con la naturaleza. Es una necesidad de religión, pues satisface la necesidad espiritual de sentirse bien emocionalmente. Por eso, Fromm (1991) asevera y advierte que:

la religión, en este sentido lato de la necesidad de un sistema de orientación, es propia de todos los hombres, en una u otra forma [...] la elección no está entre religión y no religión, en este sentido lato. La elección está sólo entre una religión buena o una religión mala, o entre una religión mejor y otra peor (p. 34).

Lo anterior pone de manifiesto que el hombre, en aras de volver a unirse con el mundo, puede encontrar diferentes formas de darle sentido a su vida, pero sustancialmente todas estas formas se diferencian por ser buenas o malas o por ser benéficas para el hombre o perjudiciales. Son benéficas cuando el hombre expresa las capacidades inherentes a su especie, como la razón, la libertad y el amor. Son perjudiciales cuando dichas capacidades se paralizan y se intenta regresar al estado prehumano, renunciando a la libertad que tiene el hombre para determinarse a sí mismo a través del uso de la razón. El hombre solo tiene dos formas de intentar solucionar su separación con la naturaleza: bloquear sus capacidades o desplegarlas.

La primera solución está condenada al fracaso. Conduce a la muerte, a la destrucción y al sufrimiento, y nunca a un pleno desarrollo del hombre, nunca a la armonía y a la entereza. La segunda respuesta exige la eliminación de la codicia y el egocentrismo; requiere disciplina, voluntad, respeto hacia quienes nos muestran el camino. Y aunque esta solución es la más difícil, es la única que no está predestinada al fracaso. De hecho, aun antes de que la meta final se alcance, la actividad y el esfuerzo invertidos en aproximarse a ella producen un efecto unificador e integrador que intensifica las energías vitales del hombre (Fromm, 1962, p. 254).

En este sentido, el despliegue del ser del hombre es lo único que puede resolver la dicotomía existencial humana, que consiste en ser parte de la naturaleza y al mismo tiempo trascenderla, en estar determinado biológicamente, pero a la vez tener la capacidad de determinarse a sí mismo a través de la razón, en ser animal, pero también ser humano, por eso es la solución verdadera para volver a religar al hombre con el mundo. Dicho despliegue ejerce un efecto vivificante sobre el ser humano antes y después de su realización, ya que:

La finalidad de la vida que corresponde a la naturaleza del hombre en su situación existencial es la de ser capaz de amar, ser capaz de emplear la razón y ser capaz de tener la objetividad y la humildad de estar en contacto con la realidad exterior e interior sin desfigurarla. En este tipo de relación con el mundo se encuentra la mayor fuente de energía, aparte de la que produce la química del cuerpo. No hay nada más creativo que el amor, si es auténtico (Fromm, 1991, p. 35).

III. LA RAZÓN Y EL AMOR

La razón es la capacidad de ver la realidad tal cual es, de estar en contacto con la verdad. El uso de la razón es una condición esencial para poder ser libres, pues permite desechar aquellas falsas ideas que limitan la posibilidad de acción del ser humano y su libre albedrío. Por ejemplo, si una persona actúa bajo la idea irrealista de que el crecimiento material es lo único importante en la vida, estará imposibilitada para promover su desarrollo espiritual, con lo cual perderá su

libertad para desarrollarse en este último ámbito debido a la falsa idea que tiene. Por eso, Jesucristo estaba en lo correcto cuando dijo: “y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8, 32).

Como el hombre está dotado de razón, puede analizar críticamente su experiencia y saber qué es lo que sirve a su desarrollo y qué es lo que lo obstaculiza. Se esfuerza por lograr un desarrollo lo más armónico posible de todas sus fuerzas espirituales y físicas, con el propósito de alcanzar una situación de bienestar. Lo contrario del bienestar es el abatimiento o la depresión, como lo explicó Spinoza. Esto significa que la alegría es un producto de la razón, y el abatimiento o la depresión una consecuencia de una manera falsa de vivir (Fromm, 1983, p. 232).

Entonces, la razón también es fuente de bienestar, pues permite reconocer todo aquello que promueve el equilibrio integral del ser humano. Cuando una persona vive conforme a la razón evita deprimirse o abatirse y prefiere estar alegre, sabe que es la única forma de dirigirse en el mundo para lograr una armonía en la vida. No siempre se puede estar alegre, hay momentos en que, inevitablemente, se llega a estar triste o se tiene que soportar mucho dolor, pero “La depresión no es de ningún modo lo mismo: ni siquiera tiene relación con el dolor y la tristeza. Es una incapacidad de sentir alegría, tanto como de sentir tristeza. Es la falta de todo sentimiento” (Fromm, 1991, p. 52).

La depresión está en oposición a la razón porque impide el desenvolvimiento humano. “Es racional todo aquello, todo acto y toda conducta, que fomente el desarrollo de una estructura. Son irracionales todos los comportamientos que retarden o arruinen el crecimiento y la estructura de un ser, planta u hombre” (Fromm, 1993, p. 74). Por tanto, la depresión es irracional, pues quien la presenta rehúye a sufrir sentimientos que deben experimentarse para llegar a ser productivo, ejemplo: una madre soltera que tiene que soportar el dolor de no tener marido si quiere cuidar a su hijo, pues si se deprimiese no podría cuidar ni siquiera de ella misma. Ser racional es ya ser productivo, pues se hace uso de la razón como facultad del hombre. Detengámonos ahora a analizar otra facultad humana: el amor.

Respecto a la potencialidad humana del amor, cabe mencionar que muchas veces se tiene un concepto erróneo. Se llama amor a una pasión como los celos, los cuales son producto de una compulsión irracional del tipo insaciable y no de una facultad humana, pues cuando se cela lo único que se busca es poseer a una persona, pero cuando se ama se promueve el crecimiento de una persona. También se puede confundir el amor con el narcisismo, ya que mientras que el que se ama se conoce tal como es, el que profesa narcisismo tiene una versión inflada de sí mismo, y todo aquel que pone en duda dicha versión es insoportable para el narcisista. De la misma forma se confunde al amor con la dependencia, no es lo mismo una madre amante que se responsabiliza por la maduración de su hijo fomentado la necesaria y sana separación entre ella y él, que la madre dependiente e irresponsable que solo fomenta el apego de su hijo hacia ella. Entonces, se entiende que el amor solo es tal si es productivo, es decir, si vela por promover la integridad, el bienestar y el desarrollo del objeto amado.

Algunos elementos básicos de amor productivo son: el cuidado, la responsabilidad, el respeto y el conocimiento [...] la esencia del amor es “trabajar” por algo y “hacer crecer algo”, el amor y el trabajo son inseparables. Se ama aquello por lo que se trabaja y se trabaja por aquello que se ama [...] el amor no puede estar separado de la responsabilidad [...] La responsabilidad no es un deber impuesto desde afuera, sino mi respuesta a algo que siento que me concierne (Fromm, 1953, pp. 112-113).

El amor es inclusivo y no exclusivo, es decir, implica el amor a la vida en general, por eso es activación del potencial humano que permite salir de uno mismo, superando tanto miedos como deseos, y conocer al mundo como es, activando todas las facultades, siendo uno mismo y siendo uno con los demás. La experiencia de conocer al otro sin desfigurarlo es aquella mediante la cual el sujeto se funde con ese otro y sigue conservando su individualidad, lo cual es indispensable para poder amar, pues el amor precisa dejar de centrarse en uno mismo y conocer al objeto amado en su mismidad; solo si se es capaz de ver la realidad es capaz de amar. La realidad consiste en que, como humanos, somos iguales, ya que todos somos vulnerables, finitos,

imperfectos, inseguros, etcétera. Por eso, como humanos necesitamos comprensión y ayuda. Fromm propone que para poder amar a los demás no se debe devorarlos ni dejarse devorar por ellos, no estar por encima ni por debajo de los otros, sino simplemente estar con ellos, sabiendo separar entre el mundo espiritual y el mundo del Cesar: “En el reino del Cesar, un hombre tiene más poder que otro; más talento, más inteligencia, mayores logros. Pero en el reino espiritual ningún hombre es superior a otro, ni tampoco inferior. En este reino no somos más que humanos –santos y criminales, héroes y cobardes–” (Fromm, 1962, p. 227).

Aunque dentro de la naturaleza humana están las necesidades de amar y de ser racional, también están otras inclinaciones naturales que pueden ir en contra de dichas necesidades por no depender enteramente de la voluntad del individuo. Me refiero a la inevitable tendencia humana de estar relacionado con sus semejantes, de ser social o de someterse a una autoridad que ordene y rija el modo en que ha de relacionarse con sus iguales, por lo cual es ineludible que existan influencias ambientales en el comportamiento humano, además del temperamento y constitución con los que se nace y que también determinan la conducta.

IV. CONDICIONES EXTERNAS E INTERNAS QUE INFLUYEN EN EL DESPLIEGUE HUMANO

El ser humano necesita la aceptación y aprobación de las personas con las que se relaciona para superar su soledad, pero algunas veces el grupo en el que se desenvuelve puede tener normas que van en contra de su necesidad de amar y ser racional, lo que lo coloca en una situación difícil, pues se quedaría solo si difiriese de la mayoría, y sería inhumano si se comportara como los demás lo hacen. Ante esto, Fromm (1956) señala que:

El hombre es, en su origen, un animal gregario. Sus actos están determinados por un impulso instintivo de seguir al jefe, y de tener estrecho contacto con los otros animales que hay en torno de él [...] Pero también estamos dotados de una conciencia de nosotros mismos, dotados de una razón que es, por su naturaleza, independiente

del rebaño. Nuestras acciones pueden ser determinadas por los resultados de nuestros pensamientos, ya sea la verdad compartida o no por otros (p. 81).

En este sentido, el ser humano tiene la tendencia innata de buscar su bienestar integral, aunque varias veces no lo consiga si se presentan circunstancias ambientales que se lo impidan, que le imposibiliten el desarrollo de las capacidades humanas y le impidan la unión con sus semejantes y con la naturaleza.

El ser humano es capaz de reconocer qué clase de metas conducen a la salud mental y desarrollo del hombre, tanto física como psíquicamente. Puede definírsele como un ser en búsqueda activa de su desarrollo óptimo, aun cuando está búsqueda haya de fallar muchas veces por ser las condiciones externas demasiado desfavorables (Fromm, 1975, p. 258).

El modo de comportarse de un grupo al que se pertenece es una de las condiciones exteriores desfavorables que pueden impedir el sano desarrollo del hombre si los principios más importantes de dicho grupo no están de acuerdo con las leyes que rigen el crecimiento humano óptimo. Cuando ello ocurre, por cualquier camino que se decida el hombre, paralizar sus potencialidades y ceñirse a las exigencias sociales o ser él mismo aunque sea excluido por los demás, está condenado a pagar el precio, es decir, a desarrollarse humanamente tan poco como la mayoría o a ser auténtico en su soledad, respectivamente; ambas situaciones propician un desequilibrio psíquico, sea obvio o no, pues:

Mientras uno comparta sus defectos, es decir, su patología, su incapacidad de desarrollarse plenamente, de ser productivo... mientras sean los comunes de su grupo, normalmente no tendrá una neurosis manifiesta. Porque tendrá el muy tranquilizador y muy importante sentimiento: “Yo soy como los demás, no estoy aislado, no me destaco [...] no estoy solo, no soy distinto”. Pero si le ocurre un problema que lo distingue, que no tiene una manifestación corriente, muchas veces porque uno es un hombre más sensible, porque su individualidad no se ha borrado tan de raíz, porque no se

ha ensuciado tanto [...], entonces, efectivamente, se siente aislado y, por causa de la angustia, presenta síntomas que llamamos síntomas neuróticos (Fromm, 1996, p. 124).

Ahora bien, ¿realmente existe una naturaleza humana amante y racional? Fromm (1962) está convencido de que existe y advierte que si hoy en día la existencia de dicha naturaleza es puesta en duda es porque: “nos hemos vuelto más escépticos hacia términos metafísicos y abstractos como ‘la esencia del hombre’, pero también en parte es debido a que hemos perdido la experiencia de la humanidad que fundamentaba los conceptos budistas, judeocristianos, espinosistas y los de la Ilustración” (pp. 47-48), lo cual es debido a la tendencia moderna de basarse en métodos de conocimiento que se reducen solo a lo que se puede observar, medir y cuantificar, pero que olvidan todo aquello que se puede sentir, comprender e intuir; y a la compulsión actual de darle más valor al éxito material que al perfeccionamiento espiritual, en donde ser humano puede llegar a orientarse en mayor medida, pues es un ser susceptible de cambiar con base en su libre albedrío.

Dentro de las condiciones externas que impiden el desarrollo humano se encuentran las exigencias sociales. Una demanda social que impide hoy el desarrollo de las capacidades humanas es la tendencia de querer tener cada vez más; es la adopción de las metas del sistema capitalista lo que impide el despliegue del ser del hombre, ya que

En la era cibernética, el individuo cada vez está más sometido a manipulación. Su trabajo, su consumo y su ocio se manipulan mediante el anuncio, las ideologías, la mercadotecnia, etc. [...] El individuo pierde su papel activo, responsable en el proceso social; queda completamente ajustado y aprende que todo comportamiento, acto, pensamiento o sentimiento que no encaje dentro del plan general lo pone en grave desventaja (Fromm, 1956, pp. 55-56).

Así, la energía humana se emplea, principalmente, para contribuir al desarrollo del sistema capitalista, desdeñando el desarrollo humano. Valores humanos como la verdad, el amor, la razón, entre otros, son menospreciados porque no sirven para desarrollarse materialmente. Por tanto, es común que la mayoría de la gente se muestre escéptica

al atribuir al hombre la capacidad intrínseca de desplegar este tipo de valores.

Aunque lo anterior sea verdad, ¿por qué unas personas están más propensas a odiar y otras más inclinadas a amar, aunque en todas existan estas dos tendencias? Fromm reconoce que a pesar de que la naturaleza del hombre, como especie, se caracterice por amar y razonar, existe también una constitución particular en cada uno de los seres humanos que no necesariamente está en sintonía con la esencia humana en general. Dicha constitución es algo con lo que se nace: la estructura básica de la personalidad, la cual puede ser fomentada u obstruida con la educación.

Por ejemplo, un niño muy sensible y no agresivo puede convertirse, bajo circunstancias favorables, en una persona artística, introspectiva y espiritual. Bajo la influencia de padres fríos y autoritarios, es posible que el mismo niño sea tímido, temeroso y resentido, con el resultado de que desperdicie la mayor parte de su energía al no poder *ser* lo que *en potencia es*. Esto es cierto especialmente cuando los padres tratan de imponerle al niño un patrón de personalidad que es socialmente deseable o preferible para ellos, pero que choca con su personalidad constitucionalmente dada (Fromm y Maccoby, 1970, p. 39).

Fromm no aclara la diferencia entre la estructura básica de la personalidad y el temperamento, solo advierte que dicha estructura es algo que va más allá del temperamento en el sentido tradicional; sin embargo, se puede inferir en sus escritos que la estructura básica de la personalidad y el temperamento son iguales en tanto son innatos, pero son diferentes debido a que la primera ha de desarrollarse en una sola forma específica si no se quiere una pérdida de energía, mientras que el segundo puede desarrollarse, al menos de dos modos diferentes y opuestos, sin que ello implique gasto de energía, formando así un determinado tipo de carácter, pues:

El temperamento se refiere al modo de reacción y es algo constitucional e inmodificable; el carácter se forma esencialmente por las experiencias de la persona y, en especial, por las de su

infancia y es modificable hasta cierto punto por el conocimiento de uno mismo y por nuevas experiencias. Si una persona, por ejemplo, tiene un temperamento colérico, su modo de reaccionar es “rápido y fuerte”. Pero aquello ante lo cual reacciona rápida y violentamente depende de su carácter. Si es una persona productiva, justiciera y amante reaccionará rápida y violentamente cuando ame, cuando se sienta irritada por una injusticia o impresionada por una nueva idea. Si es de carácter destructivo o sádico reaccionará también en forma rápida y fuerte en su destructividad y en su crueldad (Fromm, 1953, p. 65).

Así, el temperamento se puede canalizar para bien o para mal, pero la constitución, sea buena o mala, solo puede desplegarse o paralizarse con el correspondiente gasto de energía en este último caso. Además, en el caso en donde o se opta por no expresar la constitución individual para ser reconocido por los otros o por sí expresarla, siendo excluido del grupo, el ser humano puede volver a padecer un malestar si su constitución no coincide con las demandas sociales, pues, por ejemplo:

En una tribu de guerreros cuyos miembros viven del asesinato y el robo de los miembros de otras tribus, podrá existir un individuo que sienta repulsión hacia el acto de robar y matar. Pero es improbable que advierta tales sentimientos, ya que éstos se oponen a lo que piensa el resto de la tribu [...] posiblemente sufra algún trastorno psicossomático, como vómitos, en vez de permitir que el sentimiento de repulsión penetre en el campo de su conciencia. Podría observarse exactamente lo opuesto en el caso de un miembro de una pacífica tribu agrícola, que siente el impulso de matar y robar a los miembros de otras tribus. También en este caso, probablemente el individuo no se permitiría tomar conciencia de sus impulsos, sino que exteriorizaría algún síntoma como, por ejemplo, miedo intenso (Fromm, 1962, pp. 177-178).

De lo anterior se deduce también que las tendencias individuales son condiciones internas que pueden llegar a limitar o a favorecer el desarrollo de potencialidades inherentes en todo ser humano, tales como el amor y la razón. En el caso del primer individuo, su inclinación

favorece el despliegue de dichas potencialidades, mientras que en el segundo, su tendencia es una limitante en aras de dicho despliegue; no obstante, ambos sujetos pueden sufrir si su constitución no concuerda con las exigencias sociales.

Si existe la naturaleza humana amante y racional, ¿cómo concebir a un sujeto que constitucionalmente esté destinado a odiar y que, a la vez, humanamente esté movido a amar? Fromm no se detiene mucho en analizar esta cuestión, pero cuando afirma que existe un sentimiento de ambivalencia de sentimientos del cual no siempre somos conscientes por basarnos en el principio aristotélico de no contradicción, está, de alguna manera, resolviendo dicha cuestión. Uno puede sentir amor y odio al mismo tiempo hacia una persona. Además, quizá todos llevemos todas las constituciones, temperamentos, caracteres y características humanas dentro de nosotros, pero no en la misma medida. De ahí que podamos comprender –no tolerar sino reconocer– lo bueno y lo malo que hay en el otro.

Todo lo tenemos dentro: no sólo en el sentido de que todos somos hombres y nada humano nos es ajeno porque no hay nada humano que no esté en nosotros, que no tengamos dentro el niño, el criminal, el loco, el santo, el hombre corriente; sino también en el sentido de que sabemos todo eso, pero no lo sabemos, sino que lo sentimos [...] una vez que tocamos la realidad, lo cual significa que decimos la verdad. Hay algo en el otro que quiere responder, pues lo que decimos da en algo que el otro sabe y, sin embargo, no sabe [...] Puede que haya en él tantas defensas en contra –lo que llamamos resistencia– que no vaya a responder (Fromm, 1906, p. 105).

De lo que se trata es de qué tipo de constitución, carácter o potencialidad humana predomina más en nosotros: si odiamos más y amamos menos, o viceversa; si somos más destructivos que constructivos, o al revés, etc. Independientemente de esto, debe quedar claro que: para Fromm la salud mental consiste en la capacidad de interesarse por la vida. Dicho interés es alimentado, en gran parte, por el sentido que le podamos dar a nuestra vida. Alguien cuya constitución predominate sea la de ser asesino, cruel y despiadado podría darle sentido a su vida si en su grupo se comparten las mismas tendencias, si no, tendría que

adaptarse a las exigencias sociales, lo cual puede implicar modificar el carácter. En este sentido:

Cualquier sistema [educacional] ambienta lo mismo que alimenta ciertos rasgos de carácter que tiende a extinguirlos. Ambos procesos suceden lentamente y suceden sólo si se tiene paciencia de esperar el cambio en vez de declararse vencido si no sucede como resultado inmediato de los nuevos elementos introducidos [...] Empero, a veces sucede que, sea por razones constitucionales o por razones de la intensidad de las experiencias tempranas, ciertas partes del carácter pierden su capacidad de adaptación regenerativa, se osifican o “mueren” [...] Un sistema en que esto ocurra puede ser considerado verdaderamente enfermo y la cuestión de los cambios fundamentales en el sistema social (o la intervención terapéutica) pueden tener éxito en vencer esta inflexibilidad dándole vida a aquellos elementos que han sido congelados, sólo puede ser decidida en cada caso (Fromm, 1970, pp. 42-43).

Volvemos a ver que la constitución de un individuo es algo que aflora o que se bloquea, pero nunca cambia, mientras que el carácter sí puede hacerlo. En el caso de una constitución criminal, Fromm declara que es enferma debido a que no está orientada hacia la construcción, sino a la destrucción; aunque un sujeto con dicha constitución viva en un grupo que lo acepte como es, sintiéndose así acompañado, no por ello deja de ser perverso. Aquí se puede notar la influencia judeo-cristiana con la cual fue educado este autor, la cual postula una ética en donde se tiene que elegir entre dos extremos opuestos: lo bueno y lo malo, la vida y la muerte, Dios y el diablo, etc. De esta manera, aunque no deja de reconocer el aspecto biológico de una constitución criminal, considera que esta no es sana, pues está en contra de la naturaleza racional y amorosa del ser humano. “Dejando de lado las circunstancias patológicas genéticamente condicionadas, el hombre nace anímicamente sano. Sólo lo tuercen y deforman quienes se esfuerzan por lograr un completo dominio, los que odian la vida y no pueden soportar la risa de la alegría” (Fromm, 1983, p. 231).

Todas las personas nacen y mueren constantemente como seres humanos, es decir, están cometiendo regularmente actos buenos y ac-

tos malos, están emergiendo como seres libres y están regresando al estado de dependencia animal respecto a la naturaleza. Nadie es perfecto, lo único que distingue a unos de otros es: o estar más inclinados a hacer el bien o más propensos a realizar el mal. Cada vez que se hace el bien se nace como ser humano. Más:

Todo acto de nacimiento requiere la valentía de renunciar a algo, de salir del útero, de abandonar el pecho, de separarse del regazo, de soltar la mano, de perder todas las certezas y apoyarse en una única cosa: la capacidad de ser consciente y reaccionar, es decir, la propia creatividad. Ser creativo significa considerar la trayectoria vital como un proceso de nacimiento constante, sin concebir ninguna fase de la vida como final [...] la voluntad de nacer [...] requiere valentía y fe [...] La fe equivale a estar seguro de la realidad de la propia experiencia cognitiva y sentimental, ser capaz de confiar en ella, de apoyarse en ella durante la trayectoria de la vida (Fromm, 2007, pp. 171-172).

Un determinado sujeto puede sufrir por no poder expresar una constitución mala debido a que la sociedad en que vive puede reprobar dicha constitución, pero si pudiera expresarla iría en contra de su conciencia humanística y, en esa misma medida, sería susceptible de desarrollar otro tipo de enfermedades psicosomáticas por ir en contra, ahora, de su naturaleza humana amante y racional.

V. CONSECUENCIAS DE LA REGRESIÓN O IMPRODUCTIVIDAD

El hombre está capacitado para desarrollar potencialidades inherentes a su especie, como la razón, el amor, el arte, el lenguaje, entre otras. Cuando dichas potencialidades no se desarrollan, el ser humano es improductivo o regresivo en el sentido de que retrocede hacia un estado preindividual o a una condición prehumana, como cuando estaba en el útero materno o cuando todavía no se diferenciaba de los animales; en donde no tenía conciencia de sí ni era responsable de sus actos.

La improductividad o la regresión humana son fuente de infelicidad, pues:

La felicidad va unida a un aumento de la vitalidad, de la intensidad del sentimiento y del pensamiento y de la productividad, la infelicidad va unida a una disminución de estas capacidades y funciones [...] El rostro contraído de una persona, la indiferencia, la fatiga, y síntomas físicos tales como dolores de cabeza o enfermedades más serias aún, son manifestaciones frecuentes de infelicidad (Fromm, 1953, p. 175 y 179).

Con base en lo anterior, se puede advertir que existen malestares psíquicos y orgánicos que son producto de la improductividad o de la regresión del hombre. Respecto a los malestares del cuerpo, basta ir a un grupo de neuróticos anónimos para darse cuenta de los malestares orgánicos que presentan las personas en dicho grupo: dolores musculares, angina de pecho, dolores de cabeza, entre otros, todo debido a su incapacidad de establecer relaciones sociales óptimas, o lo que es lo mismo, a causa de no desarrollar sus potencialidades humanas como la razón y el amor.

Si el ser humano no llega a desarrollar dichas potencialidades sino a paralizarlas intentando regresar a un estado prehumano al albergar pasiones irracionales, tenderá a enfermar.

El psicoanálisis ha podido mostrar de manera convincente que ciertas tendencias mentales pueden tener también manifestaciones corporales [...] El dolor de cabeza como manifestación de la ira, el vómito como la manifestación del asco y de la repugnancia y la diarrea como manifestación del miedo son fenómenos reiterados, a los que acompañan otros muchos (Fromm, 1996, p. 70).

Con relación al malestar mental, la mayoría de las personas que acude a un psicólogo para solucionar padecimientos como insomnio, ira o depresión es porque ha paralizado, en gran medida, sus potencialidades humanas debido, en parte, a factores ambientales como la compulsión social de centrarse más en el éxito material que en el espiritual y a condiciones internas como la constitución genética.

La enajenación del hombre respecto al modelo capitalista basado en la competencia y la producción ha generado el brote de la llamada

enfermedad del siglo XXI: el *estrés*, el cual contribuye a la formación de enfermedades como la diabetes y la hipertensión. Por eso:

Del hecho de que el hombre pueda actualizar o no sus poderes se deduce que existen diversos estados de la naturaleza humana, que van de una mayor a menor perfección, entendiéndose por tal la mayor o menor capacidad de obrar; lo cual produce a su vez mayor o menor satisfacción psíquica y, por ende, salud o enfermedad. De todos modos debe quedar claro que la esencia humana reside para Fromm tanto en el principio de acción como en el resultado de esa acción, porque no se entendería lo uno sin lo otro. Frente al criterio que coloca la esencia humana en el resultado, Fromm opone el principio dinámico de que “la naturaleza humana tiene unos mecanismos y unas leyes que *le son inherentes*” (Moreno, 1983, p. 196).

CONCLUSIÓN

La condición humana consiste en estar separado de la naturaleza mediante la autoconciencia. Al sentirse escindido, el hombre busca nuevamente religarse con el mundo, pues experimenta sentimientos de soledad, angustia e inseguridad; no obstante, solo tiene dos formas de intentar restablecer su unidad con la naturaleza: expresar las facultades inherentes a su especie como la razón, el amor y la libertad o paralizar dichas facultades.

La primera forma es la verdadera solución para volver a unirse con el todo, aunque muchas veces las condiciones externas o internas limiten su consecución. Dentro de las condiciones exteriores están las exigencias sociales que van en contra de sus principios humanos. Respecto a las condiciones interiores, se encuentra una constitución biológicamente destructiva con la que se nace y que no se puede modificar, puede estar presente, de manera determinante, en un individuo, mientras que en otro puede casi no estar ni influir en su conducta.

La segunda forma está condenada al fracaso; aquí la persona se vuelve pasiva a pesar de estar acompañada, esto debido a que no logra ser lo que humanamente está capacitada porque no es capaz del esfuerzo o porque se intenta volver al estado prehumano, desentendiéndose del potencial humano, el cual está presente en todo

individuo en determinada medida. Por último, la pasividad humana genera malestares físicos y mentales en alguna u otra forma, ya que se obstaculiza la expresión de pensamientos, actos y sentimientos vivificantes, así como el liberador poder de conocer la realidad.

BIBLIOGRAFÍA

01. Fromm, E. (1953). *Ética y Psicoanálisis*. México: FCE.
02. Fromm, E. (1956). *Psicoanálisis y religión*. Buenos Aires: Psique.
03. Fromm, E. (1962). *Las cadenas de la ilusión*. España: Paidós.
04. Fromm, E. (1966). *El corazón del hombre: su potencial para el bien y para el mal*. México: FCE.
05. Fromm, E. (1975). *Anatomía de la destructividad humana*. México: Siglo XXI.
06. Fromm, E. (1981). *Y seréis como dioses*. México: Paidós.
07. Fromm, E. (1983). *El amor a la vida*. México: Paidós.
08. Fromm, E. (1991). *Patología de la normalidad*. México: Paidós.
09. Fromm, E. (1993). *El arte de escuchar*. Barcelona: Paidós.
10. Fromm, E. (1996). *Espíritu y sociedad*. México: Paidós.
11. Fromm, E. (2007). *La vida auténtica*. México: Paidós.
12. Fromm, E. y Maccoby M. (1970). *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*. México: FCE.
13. Moreno, F. (1983). *Hombre y sociedad en el pensamiento de Fromm*. México: FCE.

SHADAY SANTOS MORENO-LÓPEZ. Licenciado en Filosofía por la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México. Actualmente es profesor de Etimologías grecolatinas en la Universidad del Valle de Toluca.